

cas. ¿Qué sería si hubiera visto los demás resultados funestos de las dudas que había excitado la Reforma? todo el orden de la disciplina destruido públicamente por los unos, y establecida la independencia, ó lo que es lo mismo, bajo un nombre especioso y que lisonjea á la libertad, la anarquía con todos sus males; la potestad espiritual puesta por los otros en las manos de los príncipes; la doctrina cristiana combatida en todos sus puntos; negar unos cristianos la obra de la creacion y la de la redencion del género humano; aniquilar el infierno; abolir la inmortalidad del alma; despojar al Cristianismo de todos sus misterios, y convertirlo en una secta filosófica acomodada toda á los sentidos; nacer de aquí la indiferencia de las religiones, y lo que se sigue naturalmente, impugnada la esencia misma de la Religion; combatida directamente la Escritura; abierto el camino al deísmo, es decir, á un ateísmo disfrazado; y los libros en que están escritas estas doctrinas prodigiosas, salir del seno de la Reforma y de los puntos en que domina. ¿Qué hubiera dicho Melancton, si hubiera previsto todos estos males? ¿Cuáles no hubieran sido sus lamentos? Bastante habia visto, sin embargo, para pasar toda su vida en agitaciones y cuidados. Las disputas de su tiempo y de su partido bastaban para hacerle decir, que sin un milagro patente toda la Religion iba á desaparecer.

XXXII.— *Causas de los errores de Melancton. Alega las promesas hechas á la Iglesia, y no confía bastante en ellas.*

¿Qué recurso hallaba él entonces en esas divinas promesas, por medio de las cuales, como asegura él mismo, se comprometió á sostener á su Iglesia hasta en su extrema vejez, y á no dejarla perecer jamás <sup>1</sup>? Si hubiera penetrado bien esta feliz promesa, no se hubiera limitado, como se limita, á reconocer que la doctrina del Evangelio subsistirá eternamente, á pesar de los errores y de las disputas: sino que tambien hubiera reconocido que debe subsistir por los medios establecidos en el Evangelio, es decir, por la sucesion siempre inviolable del ministerio eclesiástico. Hubiera visto que son los Apóstoles y los sucesores de los Apóstoles á quienes se dirige esta promesa: *Id, enseñad, bautizad, y ved aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo* <sup>2</sup>. Si hubiera comprendido bien estas palabras, jamás hubiera imaginado que la verdad podia estar separada del cuerpo en que se halla la sucesion y autoridad legitima, y Dios le

<sup>1</sup> Lib. I, ep. 107; lib. IV, 76, V. S. n. 28. — <sup>2</sup> Matth. xxvii, 10.

hubiera enseñado que pues el error jamás puede impedir que se profese la verdad, la fuerza del ministerio apostólico no puede verse interrumpida por ninguna relajacion de la disciplina. Esta es la fe de los Cristianos: así se debe creer en la promesa con Abraham, *esperando contra toda esperanza* <sup>3</sup>; y creer, por último, que la Iglesia conservará su sucesion, y tendrá hijos, aun cuando mas estéril parezca, y mas agotada su fuerza por una larga edad. La fe de Melancton no fue una fe á tanta prueba. Creyó, sí, en general en la promesa, mediante la cual debia subsistir la profesion de la verdad; pero no creyó bastante en los medios establecidos por Dios para mantenerla. ¿De qué le sirvió haber conservado tantos buenos sentimientos? El enemigo de nuestra salvacion, dice el papa san Gregorio <sup>4</sup>, no los apaga siempre enteramente; y como Dios deja en sus hijos algunos restos de concupiscencia que los humilla; Satanás, su imitador en contrario sentido, tambien deja ¿quién lo creyera? en sus esclavos algunos restos de piedad, falsa sin duda y engañosa, pero que sin embargo se deja ver, por cuyo medio acaba de seducirles. Para colmo de su desgracia, se creen santos, y no conocen que la piedad que no tiene todas sus consecuencias, no es mas que hipocresía. Yo no sé quién decia al corazon de Melancton que la paz y la unidad, sin la cual no hay fe ni Iglesia, no tenia otro sustentáculo en la tierra, sino la autoridad de los antiguos pastores. No siguió hasta el cabo esta divina luz; todo su fondo se trocó; todo le salió contra sus esperanzas. Aspiraba á la unidad, y la perdió para siempre, sin poder hallar siquiera su sombra en el partido á donde habia ido á buscarla. Le horrorizaba procurar ó sostener con las armas la Reforma; y se vió precisado á buscar excusas para un exceso que detestaba. Acordémonos de lo que escribió al Landgrave de Hesse, cuando le vió dispuesto á tomar las armas: «Piense V. A. que mas vale sufrir toda clase de extremos, que tomar las armas por causa del Evangelio <sup>5</sup>.» Pero tuvo que decirse de una máxima tan buena, cuando el partido se coligó para hacer la guerra, y el mismo Lutero se declaró por ella. El infeliz Melancton ni aun pudo conservar su sinceridad natural, y uniéndose con Bucero se vió en la necesidad de tender lazos á los Católicos con equívocos afectados <sup>6</sup>; llenarlos de calumnias en la confesion de Ausburgo; aprobar en público esta Confesion que en el fon-

<sup>3</sup> Rom. iv, 18. — <sup>4</sup> Pastor. part. III, cap. 30, tomo II, col. 87. — <sup>5</sup> Lib. III, ep. 16; lib. IV, ep. 110, 111. — <sup>6</sup> V. S. Lib. IV, n. 2 et seq.; ibid. n. 24.

do de su corazón deseaba ver reformada en tantos capítulos; hablar siempre á gusto de otro; pasar su vida en un continuo disimulo, y esto en una Religión cuyo primer acto es creer, así como el segundo es confesar lo que se cree: ¡qué apuro! ¡qué corrupción! Pero el celo del partido le arrebató: se confundían unos á otros; era necesario no solamente sostenerse sino también elevarse; el magnífico nombre de Reforma lo permitía todo, porque cuando el hombre contrae un empeño, todo lo considera indispensable.

XXXIII. — *Los príncipes y los doctores del partido le son igualmente insoportables.*

Sin embargo, se sienten remordimientos secretos en el corazón, y se halla uno descontento. Melancton asegura muchas veces que pasaban por él cosas extrañas, y no puede explicar bien las penas que padece interiormente. En la relación que hace á su íntimo amigo Camerario de los decretos de la Junta de Espira, y de las resoluciones que tomaron los Protestantes, son extremados todos los términos de que se vale para expresar sus aflicciones: «Son agitaciones increíbles; las penas del infierno; está casi á la muerte. Es horrible lo que siente; su consternación es indecible. Oprimido de esta manera, conocía palpablemente cuán mal se conducían ciertas personas<sup>1</sup>.» Cuando no se atreve á nombrar á ninguna, debe entenderse que habla de algún jefe del partido, y principalmente de Lutero: no ciertamente por temor á Roma escribía con tantas precauciones y guardaba tanta medida: y por otra parte es bien notorio que nada le mortificaba tanto como lo que pasaba en el partido mismo, donde todo se hacía por intereses políticos, por medio de maquinaciones sordas, y por consejos violentos; en una sola palabra, solo se trataba de *coaliciones*, que todos los hombres de bien debían impedir<sup>2</sup>, según él decía. Todos los negocios de la Reforma rodaban sobre esta liga de los príncipes con las ciudades, que el Emperador quería romper, y que los príncipes protestantes querían mantener; sobre lo cual escribía Melancton á Camerario: «Bien veis, mi querido amigo, que en todos estos acomodamientos en nada se piensa menos que en la Religión. El temor hace proponer por algún tiempo y con disimulo concertos regulares; pero no es extraño que salgan mal unos tratados de esta naturaleza: porque ¿se podrá conseguir que Dios bendiga semejantes intentos?» Lé-

<sup>1</sup> Lib. IV, ep. 85. — <sup>2</sup> Sleid. lib. VIII. — <sup>3</sup> Lib. IV, ep. 137.

jos de exagerar cuando habla de este modo, todavía se conoce por sus cartas que veía en el partido algunas cosas peores que las que manifestaba. «Veo<sup>1</sup>, dice, que se maquina alguna cosa secreta-mente, y quisiera poder sofocar todos mis pensamientos.» Estaba tan disgustado con los príncipes de su partido y con sus reuniones, á las cuales se le llamaba siempre, para hallar en su elocuencia y condescendencia excusas á los proyectos que no aprobaba, que al fin exclamaba: «¡Felices los que no se mezclan en negocios públicos<sup>2</sup>!» y solo halló un poco de reposo, después que demasiado convencido de las malas intenciones de los príncipes, ya no se cuidaba de sus proyectos<sup>3</sup>; pero se le envolvía, á pesar de toda su repugnancia, en las intrigas de aquellos príncipes, y no tardáremos en ver que se vió forzado á autorizar por escrito sus acciones aun las más escandalosas. Hemos visto la opinión que tenía de los doctores del partido, y cuán poco satisfecho estaba de ellos; pero léase una cosa mucho más grave: «Sus costumbres, dice<sup>4</sup>, son tales, que habiendo con moderación, muchas gentes, conmovidas con la confusión que hay entre ellos, reputan por una edad de oro á cualquier otro estado de cosas, comparado con el laberinto en que nos han metido.» Melancton tenía estas llagas por incurables<sup>5</sup>, de modo que la Reforma desde su principio tenía necesidad de otra reforma.

XXXIV. — *Prodigios, profecías y horóscopos, que asustaban á Melancton.*

Además de estas agitaciones, no cesaba de hablar con Camerario, con Osiandro y más jefes del partido, y aun con Lutero mismo, de los prodigios que acontecían, y de las funestas amenazas del cielo irritado. Habla muchas veces de no sé qué cosas terribles; é infunde pavor el leer no sé qué cosa promete decir á su amigo Camerario en particular<sup>6</sup>. Otros prodigios que sucedieron en tiempo de la Dieta de Ausburgo, le parecían favorables al nuevo Evangelio. En Roma, la inundación extraordinaria del Tiber, y el parto de una mula, cuya cría tenía un pie de grulla; en el territorio de Ausburgo el nacimiento de un becerro con dos cabezas, eran para él una señal de un cambio indudable en el estado del universo, y en particular de la próxima ruina de Roma por causa del cisma<sup>7</sup>; así lo escribía con

<sup>1</sup> Lib. IV, ep. 70. — <sup>2</sup> Ibid. 85. — <sup>3</sup> Ibid. 228. — <sup>4</sup> Ibid. ep. 742. —

<sup>5</sup> Ibid. 759. — <sup>6</sup> Lib. II, ep. 89, 269. — <sup>7</sup> Lib. I, ep. 120; III, 69.

la mayor seriedad á Lutero mismo, noticiándole que aquel mismo dia se presentaba al Emperador la confesion de Ausburgo. Véase de qué se ocupaban en una ocasion tan solemne los autores de aquella Confesion y los jefes de la Reforma: todo está lleno de sueños y visiones en las cartas de Melancton, y parece que está uno leyendo á Tito Livio, al leer todos los prodigios que cuenta en ellas. ¿Qué mas? ¡Oh flaqueza extrema de un espíritu por otra parte admirable, y, aparte de sus prevenciones, tan penetrante! las amenazas de los astrólogos le atemorizaban. Se le ve continuamente espantado con las tristes conjunciones de los astros: *un horrible aspecto de Marte* le hace temblar por su hijo, cuyo horóscopo habia formado él mismo. No estaba menos sobresaltado *con la llama horrible de un cometa sumamente septentrional*<sup>1</sup>. Durante las conferencias que se tenian en Ausburgo sobre la Religion, se consolaba de que iban tan lentamente, porque *los astrólogos pronosticaban que los astros serian mas propicios á las disputas eclesiásticas hácia el otoño*<sup>2</sup>. Dios estaba sobre todos estos presagios, es verdad; y Melancton lo repite muchas veces, lo mismo que los que componen el juicio del año para el calendario: pero en fin, los astros regian hasta en los negocios de la Iglesia. Se ve que sus amigos, es decir, los jefes del partido, entraban con él en estas reflexiones: en cuanto á su mala estrella, no le permitia soportar combates sin fin sobre la doctrina, grandes trabajos y poco fruto<sup>3</sup>. Se admiraba de que habiendo nacido en las orillas del Rhin, *se le hubiese vaticinado un naufragio en el mar Báltico*<sup>4</sup>; y llamado á Inglaterra y Dinamarca, se libró bien de surear aquel mar. Para colmo de la ilusion, á tantos prodigios y á tantas amenazas de las constelaciones enemigas se juntaban tambien las profecías. Una de las debilidades del partido era creer que todo lo que entonces estaba sucediendo, estaba ya anunciado; una de las predicciones mas notables de que se jactaba es la siguiente: En el año de 1516, á lo que se dice, y un año antes de los movimientos de Lutero, no sé qué franciscano comentando á Daniel, habia dicho que *el poder del Papa iba á caer, y que no se levantaria jamás*<sup>5</sup>. Esta prediccion era tan verdadera como lo que añadia este nuevo profeta; que *en el año de 1600 el Turco se apoderaria de Italia y de Alemania*. Sin embargo, Melancton refiere seriamente la vision de

<sup>1</sup> Lib. II, ep. 38, 445; Lib. IV, ep. 119, 133, 137, 157, 195, 198, 759, 844, etc.; *ibid.* 119; *ibid.* 146. — <sup>2</sup> *Ibid.* 93. — <sup>3</sup> Lib. II, ep. 448. — <sup>4</sup> *Ibid.* 93. — <sup>5</sup> Mel. lib. I, ep. 65.

aquel fanático, y se gloria de tener en su poder el original, segun lo habia escrito aquel fraile francisco. ¿Quién no habia de temblar al oír esto? El Papa estaba ya desquiciado por Lutero, y se creia verle caido. Despues de la caida del Papa, ya le parecia ver venir al Turco victorioso; y los temblores de tierra que se sentian, le afirmaban en este pensamiento<sup>1</sup>. ¿Quién le creeria capaz de todas estas impresiones, si no estuviesen llenas de ellas todas sus cartas? Pero debemos decir en honor suyo que no eran estos peligros los que le causaban tantas penas y sinsabores; en medio de sus mas violentas agitaciones, se le oia decir con confianza: *Nuestros peligros me afectan menos que nuestras faltas*<sup>2</sup>. Su dolor tenia un objeto digno; los males públicos, y particularmente los de la Iglesia; mas tambien le decia su conciencia, como lo asegura muchas veces, la parte que tenian en estos males los que se gloriaban de haber venido á reformarlos. Pero bastante hemos hablado ya del desasosiego de Melancton: hemos visto con bastante claridad las razones que tuvo para conducirse como se condujo en la reunion de Esmalcalda, y los motivos de la restriccion que puso al artículo lleno de furor que Lutero propuso contra el Papa en aquella reunion.

<sup>1</sup> Mel. lib. I, ep. 65. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 70.